

próxima; incriminaba las «debilidades» de Thiers y los «comprometimientos» de los menos sospechosos, reduciendo á silencio á aquellos cuya palabra hubiera sido tal vez la única eficaz.

Sería menester abarcar de un golpe de vista la perspectiva compleja y extrañamente agitada que Francia presenta entonces, como el gran París, sombrío sobre el cielo rojo; sería menester dejarse llevar, por la emoción del espectáculo, hasta esa súbita visión que penetra las almas y sondea los corazones, para descubrir las causas profundas, múltiples, humanas y sobrehumanas que, en aquel momento único, determinaron á las masas y precipitaron, una vez más, la Francia en una de las desgracias más trágicas que ha conocido la humanidad.

No habían faltado advertencias. El movimiento de 31 de octubre había estado á punto de triunfar á los gritos de «¡Viva la *Commune!*» Blanqui, que era el alma de la jornada, fué preso y continuaba en la cárcel. En noviembre y diciembre fueron objeto de igual medida Félix Pyat, Vermorel, Ranvier, Tridón, Vesinier, Flourens, Vallés, Milliere, Lefrançais, Leo Millet, Brunet, Delescluze y otros, en número de unos ochenta. Algunos de ellos fueron luego imprudentemente puestos en libertad.

A partir del armisticio, multiplicáronse en la capital los incidentes más graves: saqueo de almacenes de armas y municiones, construcciones de barricadas, efervescencia general, manifestaciones diarias en la plaza de la Bastilla, mujeres enlutadas colgando banderas en la verja y cantando endechas fúnebres; la obsesión del sufrimiento, la «locura roja», verdaderas convulsiones.

Sin embargo, aquellas alarmas se hubiesen disipado quizá si en la noche del 26 al 27 de febrero no hubiese cundido la noticia de que, en virtud de las cláusulas del convenio preliminar, los prusianos entrarían en París. Una emoción indecible sublevó la población entera. La gran cólera se condensa en torno de esa suprema vergüenza. Aun flotaba incierta, cuando circuló el rumor de que quedaban, en Passy y en la plaza de Wagram, dos parques de artillería que iban á ser dejados á los prusianos. La guardia nacional y el pueblo se apoderaron de los cañones, transportaron los de Passy al parque de Monceau y los de la plaza de Wagram á Montmartre, á Belleville, al bulevar de Ornano y á la plaza de los Vosgos. De ello iban á originarse los grandes acontecimientos.

Después de la momentánea ocupación del barrio de los Campos Elíseos por el ejército alemán, transcurren quince días en medio de las alternativas del temor y de la esperanza.

En 8 de marzo, Duval, el futuro general de la *Commune*, establece un sector insurreccional en la barrera de Italia y se organiza para la resistencia. El comité central se une con la Internacional. Julio Ferry, alcalde de París, escribe aun al gobierno, en 5 de marzo: «La ciudad está tranquila; ha pasado el peligro... En el fondo de la situación, aquí, gran cansancio, necesidad de reanudar la vida normal; pero no puede haber orden duradero en París sin gobierno ni asamblea. *La asamblea, volviendo á París, es la única que puede restablecer el orden*, y por ende el trabajo, de que París tiene tanta necesidad; sin esto, nada es posible. *Volved pronto.*»

Llegan las noticias relativas á la ley de los vencimientos, á la cuestión de alquileres, al traslado de la asamblea á Versalles, y se afirma que se prepara el golpe de Estado.

Thiers regresa á París el 15 de marzo y se instala en el ministerio de Negocios extranjeros. Ha llegado el momento de obrar. Hay que proceder al desarme. No es posible dejar así á París, fuera de sí, con el fusil en la mano.

La dificultad está en Belleville y en Montmartre. El 17 se celebra consejo de ministros en el hotel del muelle de Orsay. Se discute la oportunidad de un acto de autoridad precisado en esta fórmula: «apoderarse otra vez de los cañones.» Según Thiers, la opinión general reclamaba esta medida, se había pronunciado en el sentido de una acción inmediata; las gentes de negocios iban repitiendo por todas partes: «No haréis nunca operaciones si no acabáis con esos malvados y no les quitáis los cañones.» Y había que pagar á los prusianos. No obrar en la situación en que se hallaban los ánimos, con los rumores que circulaban por París, era mostrarse débiles é impotentes.

El golpe de mano fué decidido: consistía en transportar al interior de París los cañones guardados en las alturas de Montmartre. Para llevarlo á efecto, el gobierno contaba á lo sumo con 20.000 hombres. La operación había de empezar á las dos de la madrugada. Las disposiciones fueron tomadas con bastante acierto. Thiers, ansioso, se encontraba en el Louvre con el general Vinoy, que respondía del éxito. La operación pareció salir bien de pronto. El general Lecomte ocupó la meseta y toda la colina quedó cercada. Pero se hubieran necesitado muchos tiros de mulas ó caballos para operar, antes del nuevo día, tan colosal traslado, y no había tiros. El ejército no tenía caballos. Eran menester varios días para retirar todos los cañones. Entonces se cayó en la cuenta de que la operación había sido mal calculada. Sin embargo, se logró bajar 70 piezas de artillería; las demás quedaron custodiadas por la tropa.

Poco á poco cundió por Montmartre la noticia de que se llevaban los cañones y tocóse á somatén. Disparáronse algunos tiros que pusieron al vecindario en alarma. Propalóse la voz de un golpe de Estado. Reuniéronse los guardias nacionales. El pueblo, con niños y mujeres, agolpóse en torno de los soldados que guardaban los cañones. De todas partes salían gritos de «¡Viva el ejército! Sois nuestros hermanos. No queremos batirnos.» Convidados á beber, los soldados rompieron sus filas, se dejaron desarmar ó levantaron al aire las culatas de los fusiles y se dispersaron. El general Lecomte fué hecho prisionero con su Estado mayor.

Thiers volvióse al ministerio de Negocios extranjeros. En la Casa consistorial, de donde no se movía el alcalde de París, Sr. Ferry, esperábase noticias. Al principio eran buenas; luego empezaron á ser poco satisfactorias. Cerca de las once la prefectura de policía anunció el desastre.

El gobierno se reunió en el palacio del muelle de Orsay. Los portadores de noticias entraban y salían. Los generales deliberaban en un rincón. Le Flô, ministro de la Guerra, que había ido hasta la plaza de la Bastilla para darse cuenta de los acontecimientos, volvió entre doce y una de la tarde. Acordóse tocar generala pa-

ra reunir á los batallones de la guardia nacional, con los cuales se creía poder contar, y únicamente se presentaron unos seiscientos hombres. Thiers, presa de viva emoción, quiso que el general Vinoy le explicase la situación militar exacta. A cosa del mediodía, el jefe del poder ejecutivo había empezado á declarar que habría que resolverse á salir de París. En su impaciencia, salió hasta el puente de la Concordia ante las tropas que se replegaban en buen orden, al mando del general Farón. Serían las tres cuando volvió al palacio del muelle de Orsay. Las noticias de París eran cada vez peores. Los cuarteles habían sido tomados ó evacuados. Sin embargo, la Casa consistorial, apoyada por las tropas del cuartel Lobau y ocupada por Julio Ferry que no quería abandonarla, no había caído aún en poder de los insurrectos.

Apenas había vuelto Thiers al palacio del muelle de Orsay, cuando se oyó el toque de cornetas y tambores, y desde las ventanas se vió pasar por el muelle tres batallones de federados; eran los guardias nacionales del Gros-Caillois que iban á unirse al movimiento. En el palacio no había más que medio batallón de cazadores de infantería. A pesar de las vacilaciones de Julio Favre, Julio Simón y Picard, á quienes era difícil convencer de la necesidad de la retirada, el gobierno comprendió que el jefe del poder ejecutivo no podía continuar expuesto de aquel modo. Thiers zanjó la cuestión resolviendo trasladarse á Versalles. En previsión de esto, el general Vinoy había reforzado su escolta, mandado preparar un coche y enviado un escuadrón á la puerta del bosque de Boloña. Antes de partir, Thiers dió al general Vinoy, comandante en jefe del ejército de París, la orden de evacuar la ciudad; enterado de que no se podía contar más que con la brigada Dantel, repitió varias veces que se la enviasen á Versalles.

Después de la salida de Thiers, el general Le Flô, ministro de la Guerra, insistió sobre la necesidad de la evacuación completa, ya que, á su juicio, no había medio de sostenerse, ni siquiera en el Trocadero ni en Passy, y firmó la orden, asumiendo toda la responsabilidad.

La brigada Dantel ocupaba los fuertes, incluso el Monte Valeriano. La casualidad hizo que dos batallones de cazadores que el gobierno quería alejar de París fuesen encerrados en esta última fortaleza, y durante un día entero constituyeron toda la guarnición. En la noche del domingo al lunes, el general Vinoy escribió á Thiers una carta pidiéndole la autorización para mandar ocupar de nuevo el Monte Valeriano. Thiers acabó por consentir, y la fortaleza volvió á ser ocupada por la tropa en la mañana del 20 de marzo; los federados, que pocas horas después se presentaron en ella, intimaron inútilmente al comandante de la plaza que se rindiese.

Mientras tanto, el comité central, vuelto de su sorpresa, hizo tocar llamada. Montmartre, Belleville y las alturas de Chaumont se hallaban en plena insurrección. Los barrios del Panteón, de Vaugirard y de los Gobelinos se alzaron á la voz de Duval. Los batallones de los barrios burgueses no contestaron al llamamiento. En Montmartre ocurrió una escena trágica que determinó el carácter implacable del movimiento. El general Clemente Thomás, ex general de la guardia nacional, que vestido de paisano se había mezclado impru-

dentemente con el pueblo, fué preso y encerrado en la casa número 6 de la calle de Rosiers, donde los insurrectos tenían prisionero al general Lecomte. Después de algunas horas de terrible angustia, Clemente Thomás fué fusilado á boca de jarro en el momento en que le hacían bajar la escalera de la casa, y momentos después, el general Lecomte fué pasado por las armas en el jardín, por sus propios soldados, según se dijo.

Aquella misma noche, á una delegación compuesta de los señores Tirard, Vautrin, Vacherot, Bonvalet, Melin, Tolain, Milliere y otros, que trataron de interponerse en nombre de los alcaldes, Julio Favre les arrojó



Delescluze

esta tremenda frase: «¡No se discute, no se trata con asesinos!»

El comité central, hasta entonces indeciso, dió instrucciones para que París fuese invadido y ocupado. Julio Ferry, que se mantenía firme en la Casa consistorial, recibía reiteradas órdenes de evacuarla. Por fin, á las once de la noche, abandonó el palacio del Ayuntamiento, llevándose sus papeles y el personal de servicio, y atravesó todo el centro de París, ya en poder de los insurrectos, escoltado por las tropas del general Derroja, que se abrieron paso á la bayoneta.

El palacio y el jardín del Luxemburgo, en que se hallaba acampado el 69.º regimiento de marcha, no fué evacuado hasta el 23 de marzo, y el director de Correos, Sr. Rampont, diputado por el Yonne, no salió de París hasta el día 30.

## IX

El abandono de París, justificable desde el punto de vista estratégico, se verificó con tal precipitación y con tal desorden, que esta nueva falta agravó singularmente la situación del gobierno y de la asamblea. El partido del orden, viéndose abandonado, se abandonó á su vez, dejando el campo libre al comité central y á todos



los elementos malos que pululaban en París. Por otra parte, ni el abandono de las puertas de la ciudad que comunicaban con Versalles en línea recta, ni el de las fortalezas del Sur, ni el del Monte Valeriano eran exigidos por las circunstancias.

En París, entregado á sí mismo, el comité central hizo ocupar, sin encontrar resistencia en ninguna parte, el Estado mayor de la guardia nacional instalado en la plaza de Vendome, los cuarteles, las administraciones públicas, los ministerios, los cuerpos de guardia del recinto fortificado y, por último, la Casa consistorial. La mayor parte de estas operaciones fueron dirigidas por Carlos Lullier, ex oficial de marina y coronel del comité central; al día siguiente los federados ocuparon los fuertes, excepción hecha del Monte Valeriano. Los miembros del comité central penetraron detrás de los batallones revolucionarios en la Casa consistorial, donde celebraron su primera reunión en la noche del 18 de marzo. Desde este día hasta el 28 del mismo mes, y, sobre todo, á partir del momento en que cesó la resistencia del primero y del segundo distritos, París fué gobernado por el omnipotente comité y por sus delegados en los ministerios, en las grandes administraciones y en las alcaldías abandonadas.

Carlos Lullier fué quizá el más sensato de los hombres que el comité central tomó á su servicio en 18 de marzo. Encargado del mando superior de la guardia nacional, ejerció, aunque estrechamente vigilado por el comité, una verdadera dictadura militar; á él y á sus lugartenientes Bisson, Garnier d'Albin y Bergeret debió el comité la conquista de la Casa consistorial, de las Tullerías, del Estado mayor de la guardia nacional, de los cuarteles y de las fortalezas del Sur; á él hubiera debido también la del Monte Valeriano, si sus órdenes hubieran sido ejecutadas por los dos batallones encargados de cumplirlas en la noche del 19 y que no respondieron al llamamiento por temor de aventurarse demasiado lejos. Ya hemos visto que cuando los federados quisieron reparar la falta cometida era ya tarde. Lullier empezó á inspirar recelos al comité central cuando proclamó, en 21 de marzo, que el paseo proyectado para el día siguiente por los conservadores amigos del orden era una manifestación sin importancia, y al negarse á impedirlo, decretó su destitución.

Moreau, menos escrupuloso que Lullier, fué á la plaza de Vendome, y de acuerdo con Bergeret y Bissón, disolvió á tiros la pacífica manifestación de los amigos del orden, que dejaron diez muertos y gran número de heridos en la plaza. El día 23 de marzo, el comité mandó prender á Lullier, que se evadió el 3 de abril, volvió á ser preso, se escapó otra vez, trató de obtener la delegación en la marina y apoderarse nuevamente de la dictadura con ó sin el comité central, y acabó por acoger las proposiciones de los señores Camús y Duthil de la Tuque, agentes de Versalles. Se disponía, como otros muchos, á abrir las puertas á Thiers, cuando el ejército de Mac-Mahón entró en París. Las circunstancias de haber condenado los crímenes del 18 y del 22 de marzo y de haber exigido la libertad de Chanzy, le valieron la indulgencia de los vencedores. Condenado á muerte, como Ferré, por el tercer consejo de guerra, fué indultado. Carlos Lullier distó mucho de ser una de las figuras más siniestras de la *Commune*.

Ejerciendo una autoridad absoluta, á la vez militar y civil, poder ejecutivo al mismo tiempo que asamblea deliberante, el comité central delegó la dirección de los principales servicios en hombres reclutados en su seno, en periodistas revolucionarios ó en oradores de club. Hubo administraciones en que se instalaron obreros desconocidos que no habían sido delegados por nadie. El ministerio del Interior estuvo durante cinco días bajo la dirección de Grelier, mozo de lavadero, y á partir del 24 de marzo, bajo la de Antonio Arnoult y de Vaillant. Rouiller, oficial zapatero, de una sobriedad dudosa, tomó posesión del ministerio de Instrucción pública; Paschal Grousset, periodista, encargóse de los Negocios extranjeros, y Jourde, tenedor de libros, de la Hacienda. El ciudadano Volpenil tomó la dirección del servicio de consumos. Combatz, director de Telégrafos, relevado de sus funciones á instancias propias, tuvo por sucesor á Pauvert. El general Bergeret tuvo la dirección de los servicios militares en cuanto á la ejecución, y otros tres ciudadanos, igualmente titulados generales, recibiendo los poderes militares no relativos á la ejecución, ínterin llegaba Garibaldi, proclamado general en jefe.

El *Diario oficial de la República francesa*, que conservó este título hasta el fin, exceptuando un solo día, el 30 de marzo, que se llamó *Diario oficial de la Commune de París*, fué dirigido por los ciudadanos Lebeau, Vesinier, Barberet y Floriss Piraux, que habían tomado posesión de la imprenta del muelle de Voltaire, bajo la protección de tres compañías proporcionadas por Lullier. De estos cuatro directores, el más conocido era Vesinier, autor de *Las Noches de Saint-Cloud*, que había purgado cuatro meses de cárcel preventiva después del 31 de octubre y había sido absuelto merced á las debilidades de la justicia militar durante el sitio. Algunos de los publicistas que vieron de cerca y tuvieron ocasión de juzgar con conocimiento de causa al personal del comité central en funciones, han dejado de los principales actores de la jornada del 18 de marzo y de los principales agentes del comité curiosos retratos tomados del natural. Hay que leer *El Insurrección* de Julio Vallés y seguir al redactor del *Grito del Pueblo* en sus visitas á la Casa consistorial, al ministerio del Interior y al de Instrucción pública. Este admirador convencido trazó la mejor sátira de los nuevos gobernantes. Ninguno de sus detractores los ha empequeñecido tanto como su apologista y amigo al querer ponerlos en el pináculo.

En la mañana del 19 de marzo, Julio Vallés penetra en la Casa consistorial, pasando por encima de «hombres dormidos y echados como animales rendidos;» encuentra al comité central «desgranado en un salón;» el uno escribe, el otro duerme; éste habla, sentado sobre una mesa; aquél cuenta un suceso gracioso y arregla un revólver. Vallés asiste á la forzadura de la caja municipal, cuyo contenido sirve para asegurar el sueldo de la guardia nacional durante los primeros días y encuentra á Ferré que reprocha al redactor del *Grito del Pueblo* el haber reclamado la libertad de Chanzy y haber reproducido en su periódico el acta que el comité «osó redactar para reprobar la ejecución de Lecomte y Thomás.»

En el Interior, donde se presentó con la intención de

quedarse en el ministerio, «si no había nadie,» Vallés encontró instalado al ciudadano Grelier, «un buen muchacho,» que firma órdenes llenas de barbarismos, pero «llenas también de intenciones revolucionarias.»

En Instrucción pública se halla entronizado el gran Ruiller, zapatero y revolucionario, «que sabe más historia y economía social que todos los doctores reunidos,» y cuyo plan de enseñanza, que desgraciadamente no explica Vallés, «echa por tierra con su sabiduría los catecismos de las academias y de los grandes consejos.» El autor de *El Insurrecto* traza otros retratos de individuos del comité central y de la Commune. Delescluze, el revolucionario clásico, se sorprende de que ya no le miren y de que le escuchen quizá menos que á Clemente, el tintorero, que ha venido en chanclos de Vaugirard. Vermorel es «un ex monaguillo que rompió su sotanilla encarnada en un momento de cólera» y se cubrió el cráneo con el gorro frigio en vez del solideo. Ranvier es «un cuerpo larguilucho, en lo alto del cual se halla plantada, como en el extremo de una pica, una cabeza lívida, que parecería cortada si entornase los párpados.» El propio autor, Vallés, se presenta presidiendo la agonía de la Commune, es decir, la última sesión, aquella en que Cluseret fué absuelto, en que Billio-ray anunció la entrada de los versalleses, y, experimentando, después de aquella sesión que no había de reproducirse, el deseo «de comer regiamente, de enjuagarse el gaznate y el corazón con un poco de vino rancio.»

Los actos del comité central durante aquellos diez días de poder absoluto fueron poco numerosos, pero todos revistieron el sello de la incoherencia ó de la deslealtad.

En las negociaciones con los alcaldes para la retrocesión de la Casa consistorial y de las alcaldías de distrito, en las gestiones para la fijación de la fecha de las elecciones municipales, en la redacción de la convocatoria de los electores, en todas ocasiones el comité central faltó á los compromisos contraídos, á la palabra dada en su nombre, con la más clínica desenvoltura. No queremos averiguar si aquellas negociaciones eran hábiles, de parte de los partidarios del orden, ni si el gobierno de Versalles las autorizó con razón, ni siquiera si las entabló con un deseo sincero de verlas surtir efecto: los alcaldes, los diputados por París, el almirante Saisset, son dignos de encomio por haber hecho todo lo posible á fin de evitar la efusión de sangre; otro juicio merecen el comité central y sus representantes autorizados, por haber precipitado, con su mala fe, la explosión de la guerra civil.

Las tentativas de inteligencia con los alemanes fueron repugnantes. Muchísima gente creyó sinceramente que el 18 de marzo era una revancha del 28 de enero y que iban á triunfar sobre los prusianos desde el momento que Trochu y Julio Favre no estaban ya allí. El comité central y la Commune se encargaron de desengañarlos. Grelier, delegado en el Interior, declara que el comité central está resuelto á respetar las condiciones de la paz, pero que se reserva el derecho de hacer pagar la indemnización «por los autores de la guerra.» El delegado en las Relaciones extranjeras cambia con el mayor general Von Schlotheim, jefe del cuartel general alemán en Compiègne, la célebre correspondencia que el *Diario oficial* de 23 de marzo reprodujo alterán-

dola. Von Schlotheim declaraba que los ejércitos alemanes guardarían una actitud pacífica y pasiva; el *Diario oficial* altera la frase escribiendo: *una actitud amistosa y pasiva*. Dos veces el comité amenaza con hacer fusilar á los guardias nacionales acusados de haber hecho fuego sobre las líneas prusianas y pretende que esos guardias nacionales son «antiguos gendarmes y municipales.» Haremos caso omiso de la entrevista de Cluseret, en Aubervilliers, con un oficial superior alemán, de las compras de caballos verificadas por Rossel y de otras amabilidades. El enemigo las tuvo en cuenta. El 25 de mayo, después de una comida copiosa delante de París ardiendo, los oficiales de la guardia prusiana brindaron por la Commune de París. El grabado vulgarizó esta escena que es tan incontestable como la indulgente apreciación de Bismarck en el Reichstag.

El levantamiento del estado de sitio, la abolición de los consejos de guerra y del ejército permanente, la concesión de una amnistía plena para todos los crímenes y delitos políticos, la supresión, puramente nominal, de la prefectura de policía que fué mantenida con el nombre de «ex prefectura,» la prohibición á los caseros y fondistas de despedir á sus inquilinos «con el único objeto de conservar la tranquilidad,» la destitución de todos los empleados que el 25 de marzo no hubiesen vuelto á su puesto y la fijación de las elecciones para el 26 del mismo mes, tales son las principales medidas gubernamentales tomadas por el comité central. Citemos también la orden unánimemente tomada, gracias á Leo Meillet y á Lullier, de poner en libertad al pacífico Glais-Bizoin, al general Chanzy, á Langourian y al diputado Turquet, encarcelados ocho días antes y que habían sufrido, en el trayecto de la estación de Orleans á la cárcel de la Santé, los más inmundos ultrajes.

Durante los diez días de esta dominación, París ofreció un espectáculo muy diferente antes que después de las descargas de la plaza de Vendôme ocurridas el 22 de marzo. Antes de esta fecha, los rostros respiraban indolencia, curiosidad ó sorpresa algo irónica; después reflejaron el temor y la desilusión. Se empezaba á comprender que ocurría algo serio y, sin prever aún las catástrofes finales, sin echar de menos á los amos de ayer, empezóse á dirigir inquietas miradas hacia las Casas consistoriales, donde residían los amos nuevos.

Estos no ocultan sus designios. No se pasa día sin que el *Diario oficial* publique un manifiesto ó una nueva manifestación de los actos del comité. En 20 de marzo, éste hace su propia apología y el proceso del gobierno de Versalles. El mismo día, declara á los guardias nacionales que su mandato ha concluído, que les devuelve los poderes, y les pide, por toda recompensa, que establezcan «la verdadera República.» En un artículo sin firma, el comité declara que es ajeno á las dos ejecuciones del 18 de marzo, pero califica de «iniucos» los actos de las dos víctimas «de la indignación popular.» Con ser tan hipócrita y vergonzosa, esta defensa es considerada por los más exaltados y violentos del partido como una deplorable concesión hecha á lamentables preocupaciones.

Al llegar al ministerio de la plaza Beauveau, los nuevos delegados en el Interior, Arnault y Vaillant, trataron de limitar el movimiento del 18 de marzo. Afirmaban que el comité quería dejar «al gobierno central la